

## Encontrar a un amigo

Cuando el rector, Antonio Berges, nos dio la bienvenida a los estudiantes del primer curso, sentí que siempre había deseado ser médico. Sin embargo, convencer a mi padre de mi vocación me llevó tiempo, y no lo hubiera conseguido sin la inestimable ayuda de mi madre. Recordaba el día en que me «atrapó» rellenando la instancia para ser admitido, me miró a los ojos y prometió ayudarme. ¡Y vaya si lo hizo! Nunca la vi tan dispuesta a enfrentarse a mi padre como para defender mi elección frente a los deseos de D. Rómulo, que pretendía que yo siguiese sus pasos en la fábrica. Estaba absorto en estos pensamientos cuando se me acercó un joven de aspecto agradable. Una amplia sonrisa adornaba su rostro moreno y jovial.

—¿Es usted de Medicina? —preguntó en castellano, con un fuerte acento catalán.

—Sí, de primero —contesté en catalán, seguro de que me entendía.

—¡Vaya hombre, es usted de aquí! Yo también —dijo, como si no fuese evidente su procedencia.

Su aspecto elegante pero informal — chaqueta de buen paño, pantalones de cuadros en tonos azules, muy ajustados, y un lazo un tanto exagerado— revelaba su ascendencia burguesa y provinciana. Tendría un par de años más que yo, altura mediana, ojos vivos, movimientos rápidos y audaces. Fruncía el entrecejo molesto por el sol que le daba sobre el curtido rostro.

—¿De Barcelona? —le pregunté educadamente, sabiendo de antemano la respuesta.

—De Sitges, en la costa —respondió alegre—. ¿Y usted?

—Yo de la misma Barcelona, me llamo Joan Gisbert Beltrán —dije, extendiendo mi mano.

—Josep... Josep de Miró Argenter —contestó al tiempo que correspondía a mi saludo.

Fue un apretón fuerte y sincero. Mientras nos estrechábamos la mano intuí que podríamos llegar a ser buenos amigos.

Me lancé al estudio como un poseso. La medicina me entusiasmaba, era un placer asistir a las clases, sobre todo a las de anatomía. En más de una ocasión busqué por la facultad al estudiante de Sitges al que saludé el primer día. Una mañana fue él quien vino a mi encuentro.

—Hola —me dijo—, ¿me recuerda?

—Sí, por supuesto —le contesté—. En más de una ocasión le he buscado, sin éxito.

—Bueno, no soy demasiado buen estudiante; empecé el año pasado y...

—No tiene por qué contarme nada ¿Quizá si nos ayudásemos mutuamente?

—¿De veras? —respondió entusiasmado.

Desde entonces fuimos inseparables: un equipo. Entre libros, clases, y anatomías vivas y muertas, creció una fuerte hermandad entre nosotros. Estudiábamos en mi casa, ya que la pensión de Josep, en la plaza Comercio, no era el lugar más a propósito para concentrarse: viajeros, mujeres de dudosa profesión y militares retirados componían su peculiar clientela. La facultad estaba muy poco de las Ramblas, apenas cinco minutos a trote de estudiante hambriento. Muchas tardes merendábamos en casa. Elena nos preparaba unos huevos con patatas fritas que recordaríamos toda la vida. ¡Aquellos huevos «estrellados» en un universo de crujientes patatas! Siempre tendré presente la imagen de Josep untando afanosamente el pan en las yemas.

Otras muchas tardes nos perdíamos en el entramado de calles y plazas del barrio Gótico persiguiendo modistillas y dependientas. La plaza del Pino, la calle Petrixol o las Ramblas fueron

testigos de nuestros escarceos en el hermoso, sensible y complicado mundo de las féminas. Pasábamos horas hablando del bien y del mal, discurriendo filosofías de andar por casa, haciendo pinitos con la poesía y la política. Éramos parroquianos del Café Nou de las Ramblas; allí se reunían republicanos, monárquicos y carlistas. Nos sentábamos en una de las mesas de veteadado mármol blanco y pedíamos un café que, la mayoría de las veces, quedaba helado en la taza. El local tenía el aspecto de una cámara de representantes. Los oradores ponían tanto énfasis y ardor en sus intervenciones como si del Parlamento se tratara. En ocasiones, los «diputados» llegaban prácticamente a las manos y se rumoreaba, no sin fundamento, que alguna de esas discusiones había terminado en duelo. Nosotros les oíamos hablar, callados, expectantes e interesados y luego sacábamos nuestras propias conclusiones.

Las noches barcelonesas nos veían deambular, curiosos, por los alrededores de la catedral o entrando en los cafés donde poetas y artistas buscaban la compañía de almas afines en las cosas del arte y la literatura. Algunas noches, menos de las que habríamos deseado, nuestros pasos terminaban en el Liceo. Descubrimos el mágico mundo de la música y nos enamoramos de la extraordinaria Rosita Mauri, una bella bailarina a quien todos presagiaban un tremendo futuro en el mundo del ballet. Admirábamos, además de sus dotes artísticas, aquellos fulgurantes ojos negros que un día, al término de *El lago de los cisnes*, se posaron sobre los nuestros; y aquella sonrisa, solamente dirigida a nosotros dos, que voló desde el escenario a nuestras nubes del gallinero.

Al principio, a Josep le traía sin cuidado la política. Pero poco a poco empezó a manifestarse en él una clara tendencia catalanista cercana a los círculos de la Renaixença. Los dos compartíamos la del federalismo como mejor solución para España y Cataluña. No obstante, yo me inclinaba por tesis obreristas y Josep se sentía atraído por una independencia de corte burgués.

—Primero la independencia y, después de eso —decía entusiasmado—, ya nos federaremos.

—Para mí es más sencillo —replicaba yo—. Los pueblos tienen derecho a ser libres y a elegir su propio destino, pero además se trata de establecer la justicia social. Por tanto, la solución

debe ser conjunta y global para todos los trabajadores, dejando a las nacionalidades el poder de autogobernarse y mantener vivas sus particularidades, sobre todo su idioma.

Y aquí sí que estábamos plenamente de acuerdo; Josep y yo nos entendíamos, pensábamos y sentíamos en catalán. Sabíamos que la lengua es la principal riqueza de una nación. Éramos conscientes de que al mantenerla viva y activa manteníamos activa y viva Cataluña.

Nuestras discusiones con compañeros de clase eran habituales. Disfrutábamos ejerciendo la dialéctica frente a la diatriba de nuestros discípulos. Una universidad nutrida inevitablemente de la alta burguesía catalana coincidía muy poco con cualquier planteamiento revolucionario. Quizá la única concordancia estaba en el impulso al catalanismo, pero la alta burguesía mostraba una visión distorsionada, pactista y mercantilista. Con todo, el punto álgido de las querellas se alcanzaba con la esclavitud en las Antillas. Casi toda la alta burguesía tenía intereses antillanos y era contraria a la emancipación. Era curioso: católicos practicantes —incluso fanáticos— hablando de la libertad y del separatismo y a la vez, defendiendo a ultranza las colonias y la esclavitud. Los derechos humanos sometidos a los intereses económicos. El cinismo de clase. Defendiendo nuestras ideas, creció nuestro compañerismo que desembocó en el mágico puerto de la amistad.

Las reuniones en casa ya no fueron tan placenteras como antaño para los invitados de mi padre. Bajo la divertida mirada de mi madre, Josep y yo paramos los pies a los contertulios, que siempre solían hablar del mismo tema: «las pelás». Empezaron a sentirse incómodos cuando nuestros argumentos golpeaban sus conciencias. El primero en dejar de acudir a las reuniones fue Antonio López, nuestro vecino de las Ramblas, que andaba con las reformas y decoración del palacio Moja. El futuro marqués de Comillas se ponía muy nervioso cada vez que tocábamos el tema de los negreros y el comercio de esclavos en las colonias y terminó por excusar su presencia. A mi padre no le fue demasiado penoso perder a tan influyentes contertulios. Hombre inteligente y progresista, se empezó a sentir liberado y buscó otros atractivos para sus

reuniones. El cambio fue radical y muy positivo: el urbanista Cerdá —promotor de la nueva Barcelona—, Víctor Balaguer, Joaquín Rubió Ors y Narciso Monturiol, entre otros, hicieron de nuestras tertulias un lugar de encuentro y conocimiento. Mi madre ya no tuvo que retirarse a la hora de las conversaciones serias; es más, era la más activa e incisiva en la reunión.

Así, nuestro salón se llenó de sueños y proyectos. Desde la idea de una Cataluña «renacida» por las ideas románticas a las aventuras de los sumergibles de Monturiol o el Ensanche de Cerdá. Y nuestras ilusiones vibraban con los poemas de Balaguer y las pruebas de la botadura del primer Ictíneo, allá por el 59, en el muelle de la Barceloneta, o aquella máquina que tenía que multiplicar la producción de cigarrillos de las industrias tabaqueras de La Habana.

En noviembre ocurrió un hecho que tendría mucho que ver en mi futuro. Claro está que entonces yo lo ignoraba. En La Habana, un grupo de estudiantes de Medicina, como Josep y yo, fueron acusados de profanar la tumba del periodista español —y españolista— Gonzalo Castañón. Se les culpó de actividades independentistas y después de un rápido e irregular juicio se ajustició a ocho de ellos. Primero la noticia fue ocultada; pero, irremediablemente, saltó a la opinión pública. El escándalo provocó la caída del gobierno y la repulsa de algunos oficiales del ejército colonial, entre ellos el abogado defensor de los estudiantes, que se negó a firmar la terrible e inicua sentencia.

Traté de entender aquella crueldad, aquella forma de tratar a los ciudadanos de nuestras colonias; me sentí profundamente solidario con los estudiantes ejecutados, sus deseos de libertad e independencia empezaban a parecerme justos. ¿Qué sentido tendría para ellos la palabra Patria? España les trataba como enemigos, como rebeldes o terroristas, y su Isla —su suelo— no les pertenecía a ellos, sino a los terratenientes con derecho a voto y a esclavos.

Sin saber exactamente por qué, me dirigí al muelle, ese muelle donde había visto zarpar a los barcos con destino a Cuba, ese muelle lloroso y desesperado; llevaba en mi mano un puñado de tierra de Barcelona, de mi ciudad: de mi patria. Sentado en el

malecón, arrojé la arcilla al mar. Quise rendir homenaje a aquellos héroes sin nación, héroes de un territorio que no les pertenecía y que, sin embargo, era el suyo: por nacimiento, por derecho y por merecimiento. La ofrenda descendió lentamente hacia el fondo y fue a mezclarse con otros barros, arrastrados allí por las corrientes y la Historia.

Terminamos los exámenes a principios de junio, nuestras notas fueron excelentes; probablemente, el valor nutritivo de los huevos fritos de Elena tuvo parte del mérito. El decano de Medicina nos propuso hacer prácticas durante el verano. Hacían falta médicos en un país donde la esperanza de vida era de veintinueve años.

—De acuerdo —dijo Josep—, pero en agosto iremos unos días a Sitges.

Acepté encantado la invitación de mi amigo.

El tren nos dejó en Villafranca; de allí teníamos que seguir en diligencia hasta el mediterráneo pueblo de mi compañero. El mazgo del Garraf era una frontera infranqueable que aislaba a la población costera. Josep me había contado las dificultades de los prohombres de Sitges para conseguir una mejor comunicación con Barcelona. Su padre, como secretario del ayuntamiento, y otros representantes de la villa trataban inútilmente de que las autoridades les escucharan. La supuesta «Blanca Subur» seguía viviendo de cara al mar: aislada entre su propia belleza.

La diligencia tardó varias horas en alcanzar la costa, pero valió la pena. Sitges apareció ante nuestros ojos en todo su esplendor; su mar, de un azul brillante, invitaba al baño y a la contemplación; su arena competía con la blancura de sus casas. Noté la sonrisa de Josep y adiviné su justificado orgullo al ver mi sorpresa y admiración. ¡Estábamos en Sitges!

La familia de Josep me recibió cariñosamente. Sus hermanas, Rosa y Remedios, eran unas simpáticas mujercitas. Joaquín, su hermano mayor, se mostró especialmente afable y establecimos pronto una mutua corriente de complicidad entre los tres. Joaquín tenía un gran parecido físico con su hermano pequeño; sin embargo, sus

ademanes eran más tiernos, más acompasados que los de Josep. Era un gran aficionado a la pintura, Sitges era su inspiración y el tema principal de sus bocetos y primeros cuadros. Un pequeño taller desde el que se dominaba el mar era su guarida mediterránea y su rincón preferido. Al día siguiente de nuestra llegada nos llevó a visitar el estudio.

Las estrechas y desgastadas escaleras nos condujeron al último piso, franqueamos la puerta y un mundo de claridad y color atravesó nuestras retinas. Era una espaciosa sala, sin tabiques, un ventanal se asomaba al mar atrapando toda la luz y fuerza del Mediterráneo; por doquier aparecían telas y bocetos sobre papel. Pinceles y paletas permanecían en descanso, a la espera de sentir la caricia del pintor. Las paredes se hallaban repletas de obras. Joaquín nos mostró algunas de ellas. Sus acuarelas me entusiasmaron; a pesar de su juventud, denotaba tener un alma de artista fuera de lo común. Allí estaban perfectamente retratados los más aparentes rincones de Sitges: jardines, casas, playas y huertas.

—Son muy bellas —comenté con sincero entusiasmo.

Joaquín sonrió, satisfecho de haber despertado mi interés.

Muchas noches, antes de acostarnos, discutíamos sobre el bien y el mal, pero la política quedó apartada de nuestro temario durante aquellos días sitgetanos. El escenario de la costa, iluminada por la cercanía de los astros, invitaba a pensamientos filosóficos y existenciales. La inmensidad del cielo mediterráneo nos extasiaba.

—He aquí la presencia de Dios —repetía Josep.

—Es en verdad grandioso, bello, equilibrado —le contesté—. Es casi perfecto... pero sólo el marco. La iniquidad, la miseria y la esclavitud, perviven bajo estos amaneceres y estos ocasos maravillosos. No entiendo a un Dios que lo permite.

—Nos da libertad para elegir, nos muestra el escenario, su poder, nos obsequia con la belleza y nos dice lo que es bueno y es malo. ¡Somos nosotros quienes elegimos un camino u otro!

—¿Tú crees que los esclavos cubanos tienen libertad para elegir algo?

—*Touché* —dijo Joaquín—. Mi dios es el mar —repitió mirando al horizonte—. Mirad esta playa, aquí está el principio, en el mar, cuando él se acabe... todo habrá terminado para el hombre.

—¿Y quién creó el mar? —replicó Josep.

—¡Nosotros no fuimos! —contestamos Joaquín y yo al unísono.

—¿Y a las niñas guapas?

—¡La madre que las parió! —gritamos los tres, entre carcajadas.

Salíamos cada mañana a dar largas caminatas por la costa. La arena limpia, casi blanca, formaba una ancha alfombra dorada entre el mar y los hogares de los pescadores. Eran casas de dos plantas, blancas como gaviotas, encaladas de mar y de luz. Se accedía a ellas por unas escaleras de cuatro o cinco peldaños que daban directamente a la arena. Un bosque de redes se extendía por toda la playa. Las mujeres, y también los niños, reparaban y remendaban los aparejos de pesca. Los hombres calafateaban y pintaban sus barcas allí en la orilla. Me gustaba el olor a brea y a pintura, el calor del sol mediterráneo y sobre todo la luz: la clara luz de las mañanas de Sitges. Las sitgetanas, en animada conversación, hacían encaje de bolillos frente a las puertas de las casas; los niños jugaban a soldados y las niñas les miraban con ojos de futuro. A lo lejos, los viñedos de dulces ramos rodeaban la mansión de los Llopis y se recreaban con el sol.

Buscábamos las fachadas adornadas con una ramita de pino. La señal era la advertencia de que en la casa habían abierto un barril de buen vino. Por unos céntimos podíamos saborear unos vasos y conversar con pescadores y labriegos, jóvenes y ancianos. Todos los temas aparecían entre los brindis y las risas; sin embargo, el tema predilecto de aquellas gentes era Sitges y su mar. Historias de pescadores de las que aprender, con las que soñar. El sabor del mar entre las copas de vino.

Un día fuimos a ver cómo construían la nueva «Casa de la Vila». Hacía un par de años que habían derribado el antiguo castillo y en el solar se levantaría el futuro edificio del ayuntamiento. Bajando hacia la playa nos paramos en el hospital. Era un vetusto edificio mirando como una atalaya al horizonte.

Estábamos contemplando el mar cuando apareció ella. Su cabellera rubia le caía sobre los hombros: ligera, volante, jugando con la brisa del mar. Todavía estaba impresionado cuando Josep y Joaquín me la presentaron. Inicié algún tonto saludo mientras recuperaba el aplomo.

Maite y sus padres eran de Santander, estaban pasando el verano en casa de los Llopis, con los que les unía una gran amistad. La joven era distinta a todas aquellas modistillas y dependientas con las que tratábamos de ampliar nuestros conocimientos anatómicos en Barcelona. Las vacaciones cambiaron desde aquel momento. Maite fue a partir de entonces compañera de todos nuestros paseos por la Blanca Subur. Josep estaba extremadamente atento y complaciente con la agraciada montañesa, Joaquín quería retratarla en una de sus marinas y yo sufría aquellos agobios del instituto, cuando descubrí todo lo bello que pueden esconder los ojos de una mujer. Se añadió a nuestros recorridos playeros al anochecer. En esos momentos, cuando platea la superficie del mar, la luz lunar le confería a Maite un halo de misterio y sensualidad.

Aquella noche, clara y estrellada, íbamos andando sobre la arena mojada, descalzos y con los pantalones arremangados sobre los gemelos, al estilo de los marineros. Maite levantaba su vaporosa falda por encima de sus tobillos. El agua llegaba mansa a la orilla formando crestas de espuma. Su vestido, de color marfil, jugaba con los destellos. Yo andaba rezagado, mirando cómo el satén de la prenda femenina acogía los tenues rayos de Selene. Ella se detuvo a esperarme mientras Joaquín y Josep seguían avanzando enfrascados en una de sus filípicas. Me recibió con una sonrisa tan blanca como su indumentaria. Me ofreció su mano. Yo entrelacé mis dedos con los de ella. Continuamos andando en pos de los dos hermanos.

—¿Qué andabas cavilando? —dijo.

Le sonreí.

—Nada importante, disfrutaba del mar —contesté, tratando de disimular.

—Me gusta este mar, Joan —dijo mirándome a los ojos.

Sentí el batir de mi corazón.

—El Cantábrico es también muy hermoso —respondí yo cortésmente.

—Sí, pero es frío, demasiado bravo e inquietante, lo imagino siempre portador de malas noticias. En cambio el Mediterráneo es alegre, profundamente azul. Sería fácil enamorarse cerca de este mar.

—Sí, sería fácil —contesté.

Llegamos a la altura de Josep y Joaquín, que se habían detenido a esperarnos. Maite soltó mi mano suavemente y ofreció un brazo a cada uno de mis amigos. Proseguimos nuestro andar por la playa, envueltos en luna y verano; nosotros tres, callados, escuchándola a ella, entrando en nuestras almas para no salir nunca. Miré a Josep y lo vi claro en sus ojos: por vez primera éramos rivales... rivales pero amigos.

Agosto terminaba y teníamos todos que volver a la rutina: Joaquín, a sus pinceladas de horizonte y mar; Maite, a su Cantabria natal y nosotros a Barcelona para seguir los estudios. Con gran entusiasmo, nuestra amiga nos invitó a la fiesta de despedida que daban sus padres.

Aparecimos puntuales a la villa de los Llopis. Sus ventanales se asomaban tratando de ver el mar entre los miles de viñedos de malvasía, y algunos pinos mediterráneos completaban la estampa, un marco perfecto para una acuarela de Joaquín. Un sugerente aroma nos envolvió. Sabíamos que en la propia bodega de la casa se destilaba el licor de los viñedos de los Llopis. Vides herederas de aquellos sarmientos traídos por los cruzados catalanes desde un lejano puerto del Peloponeso.

Subimos al piso superior que franqueaba la entrada a la planta principal de la mansión. Un recibidor daba paso a la sala de música, donde nos entregaron nuestros carnés de baile. Aparecía el título de cada una de las piezas que sonarían aquella noche, en el margen había que anotar el nombre de la dama que nos concedía el baile. Ellas también disponían de su propio carné. Los había de plata, pero las más jóvenes acostumbraban a llevarlo de

nácar, algunos hermosamente decorados. De la sala de música se pasaba al salón de baile; de hecho, ambas salas quedaban comunicadas durante las recepciones y las fiestas. La anfitriona, abuela materna de Joaquín y Josep, se apresuró a darnos la bienvenida y a desearnos una grata velada.

Josep y yo estábamos preparados para la «batalla», dispuestos a conseguir en exclusiva la compañía de Maite. Ella, encantadora como siempre, compartió sus bailes con los dos y repartió equitativamente sus atenciones. Era una gran fiesta; las parejas bailaban entre las grisallas que adornaban las paredes de las salas de los Llopis. Las pinturas murales, de tonos grises con motivos bíblicos, estaban presentes en todos los salones de la casa y eran todas muy bellas, sobre todo las que vestían la sala de música y de baile. Las notas se deslizaban a través del espacio, los colores de los vestidos se bamboleaban al ritmo de la música, la crinolina crujía sobre los suspiros de las damas mientras sus abanicos transmitían mensajes y misterio. A veces, el golpe seco de uno de ellos pretendía llamar la atención de algún amante despistado o la de un marido demasiado solícito con las jóvenes de la fiesta. Me vino a la memoria un cantar popular que había oído alguna vez a mi abuela paterna: «Con su capa el torero/maneja al bicho,/y la mujer al hombre/con su abanico».

Todo fue magnífico hasta medianoche, a partir de entonces todo cambió. En mitad del baile apareció un apuesto teniente de veintitantos años enfundado en un elegante uniforme. Maite se dirigió hacia él y le besó.

—¡Señores, les ruego un momento de silencio! —pidió el padre de Maite.

Los invitados —algo sorprendidos— cesaron en sus conversaciones y permanecieron atentos.

—Con permiso de nuestro anfitrión, quiero comunicarles algo importante. Acaba de llegar —prosiguió don Pedro— un buen amigo de la familia; su nombre es Alberto García y quiero darle la mejor de las bienvenidas. Alberto esta aquí por algo muy especial. ¿Quieres venir, hija?

Maite se acercó a su padre y se situó junto al teniente.

—Tengo el honor de anunciarles —siguió en tono solemne— que el teniente Alberto García me ha solicitado la mano de mi hija Maite... yo se la concedo gustosamente.

Los invitados irrumpieron en vítores y aplausos. Josep y yo nos miramos incrédulos mientras Joaquín nos contemplaba divertido. Sin saber qué hacer, optamos por reírnos el uno del otro. Fue nuestro primer desastre amoroso. Terminaba la fiesta cuando Maite nos presentó a su prometido. Lo saludamos entre admirados y celosos e intercambiamos un par de frases corteses:

—Maite me ha hablado mucho de vosotros en sus cartas, creo que os lo habéis pasado muy bien.

No recuerdo qué le respondimos. Probablemente esbozamos alguna estúpida sonrisa de compromiso. Al marcharnos, Maite y Alberto nos acompañaron a la puerta. Después de las despedidas formales, mis amigos y el teniente se adelantaron por el camino que conducía a la verja de la entrada. Yo me quedé atrás para despedirme de Maite:

—Que seas muy feliz —le dije besándola en la mejilla.

Como respuesta, Maite, cogiéndome las manos, me besó en los labios. La luna se había ocultado tras una nube, las estrellas se miraban coquetas en el mar. Creo que nunca conté a nadie lo de aquel beso, quizá para hacerlo más nuestro, más íntimo: más beso.

Regresamos Josep y yo juntos, meditabundos; Joaquín nos seguía a pocos metros sin poder contener la risa. Sitges amanecía, algunas barcas volvían de faenar. Colmadas y alegres.